

cencia cuando se enamoran? Escasos seres humanos se han librado de interpretar en renglones, casi rimados y casi rítmicos, las primeras emociones amorosas. El problema reside en que versos de ese tipo, comunes a casi todos los individuos, nacidos bajo las tutelas educativas y culturales de nuestra época, merezcan ser denominados obras de arte, de tono mayor o menor, pero obras de arte. Y para esta calificación nada importa la juventud; sobraría insertar la eterna cita de Rimbaud...

Es probable que basten algunas citas comprobatorias y justificantes del fondo y forma, de la intención en suma, de esta crítica: «y todos los instantes más tristes de tu vida», «mi pañuelo apropiado para secar tus ojos», «un collar de estrellas», «tus labios han dicho levántate y anda», «el tiempo te ha teñido con su color cansado», «la luna me ha besado con sus labios pálidos», «estoy solo y perdido como barco sin brújula en noche sin estrellas», «como un ciego abandonado por su lazarillo», «dejo que mi reloj se tome vacaciones», «y de ti me voy como un jorobadito en fuga con su mochila de carne avergonzada», «de mi alero se va y a mi alero retorna en forma inexorable. oh mi pena maldita».

¿Y a qué citar los excepcionales aciertos, escasos pero legítimos? En algunos años más el poeta sabrá ubicarlos, con violenta precisión y si aun persiste, si este libro no pertenece al poemario que casi todos los mortales de nuestros días escriben o escribieron en otro tiempo, observará nítidas las claves de su gloria.

<https://doi.org/10.29393/At262-15NCLM10015>

NUEVOS CUENTOS DE MAUPASSANT.

Constituye una afirmación por demás sabida aquella que atribuye a Guy de Maupassant una influencia preponderante en la literatura chilena. Hasta numerosos autores modernos, de la última hornada, más introspectiva que extrospectiva, muestran a las claras que, bien o mal, han sido tocados por la magia del

cuentista francés. Lo que constituiría, sí, un error, sería atribuir a Maupassant influencia estilística, como la tiene un Gracián, un Luis de Vives, un Quevedo, un Juan Valera, un Valle Inclán o un Pérez de Ayala. Maupassant descubre su mayor encanto en la forma sorpresiva como desenvuelve su anécdota, desde el hecho insignificante hasta la exaltación, por lo general, trágica. Con más lirismo que Daudet, con menos profundidad que Balzac, sin la atmósfera de sueño y poesía del moderno Julien Green, autor de «Viajero por la Tierra». Mas siempre es la anécdota, inaceptable, en ciertos casos, si se la lleva al plano del verismo científico, pero convincente a fuerza de estar impregnada de verdad artística. Y de un arte tan fino, tan rico de sensibilidad, que los seres y las cosas adquieren su vida propia, más intensa por cierto que la vida que llamamos real, y se ubican en una justísima y colorida sublimación. Nadie ha visto mejor que Maupassant, desenvolverse a los prusianos como habituales invasores de Francia, ni ha retratado con tal vitalidad a sus burgueses, campesinos y vagabundos. La edición de estos nuevos cuentos, tradúcidos en forma castiza, complementa otro tomo del mismo autor, editado también por Zig-Zag y presta un servicio notorio a los artistas chilenos y al lector corriente que disfruta con un libro ameno, digno de leerse de principio a fin.